

—¡Perdón, Genoveva! ¡Genoveva...., hija mía, pobre hija mía!... ¡No te mueras, no, sin haber perdonado á tu madre!...

Entonces, como Genoveva no contestara, atónita, loca, Cecilia emprendió la fuga. Huyó de aquella mansión, cuya puerta cerró bruscamente, con cuidado y maquinalmente á la vez, como si fueran á robarle su hija moribunda. Corrió alacaso, con los cabellos desordenados, conducida como por la fatalidad á la vivienda de Tom-Black, á la taberna de *El Hacha y el Ancla*.

El *boxeador*, según su costumbre cotidiana, fumaba sobre un tonel, delante de la puerta de su taberna.

Eran entonces las nueve; sólo á las once debían llegar los clientes ordinarios de Tom-Black, que aquella noche debían ir á escuchar una *conferencia* de Joss el violinista.

La taberna se encontraba vacía en aquel momento. Mistress Black estaba leyendo en su cuarto. Habían acabado de levantar el mostrador que debía servir de púlpito á Fiddler Joss.

Cansado de las idas y venidas del día, Tom-Black, con la cabeza apoyada contra el dintel de la puerta, iba cediendo poco á poco al sueño, se cerraban sus ojos, las bocanadas de humo salían cada vez menos presurosas de su boca, su barba se iba hundiendo cada vez más en su chaquetón de mulatón.

Sin embargo, y á pesar de aquella somnolencia, sus sentidos no habían perdido nada de su actividad. Al ruido que hacía una persona al acercarse, levantó la cabeza. Su mirada interrogó á la sombra. Se encontró enteramente despierto.

Había reconocido en la mujer que iba y venía delante de la taberna, marchando con una agitación singular, á aquella francesa del Campo de la Puerta Azul, que había visto ya en otras ocasiones, y que era la madre de Genoveva.

Cecilia había hecho numerosas visitas á la taberna en los días anteriores; había hablado largamente con su propietario; los dos personajes estaban hechos para entenderse.

Tom-Black no abandonó su postura. Seguía con sonrisa burlona los manejos de la paseante, que, estrechando cada vez más el círculo, esperaba evidentemente que el tabernero la dirigiese la palabra.

De repente, tomó una decisión, se adelantó en el círculo de luz que proyectaba fuera la linterna del establecimiento, y, deteniéndose delante del hombre, dijo:

—Tengo sed.

Tom-Black no era tímido, y ese desenlace no le había sorprendido; sin embargo, el aspecto de aquella mujer era tan extraño, el acento con que había pronunciado aquellas dos palabras era á la vez tan doloroso y tan amenazador, había en ella algo tan desusado y extraño, que no pudo menos de estremecerse.

La cabeza de aquella mujer estaba desnuda; sus cabellos grises, erizados y sin atar, flotaban al viento. En su pálido semblante brillaban sus pupilas como carbones incandescentes; sus párpados enrojecidos resplandecían como una barra de metal que sale del fuego de la fragua; su respiración era ronca, fatigosa.

—Tengo sed,—repitió con voz más sorda.

—¡Hip, hip, hurrah! (respondió Tom-Black.) Esa es una palabra que me gusta oír en boca de mis parroquianos. ¡Pasad adelante, milady!

Cecilia obedeció, y, con paso brusco, fué á sentarse en el ángulo más retirado de la sala.

—Van á serviros (prosiguió Tom-Black), cuando hayáis cumplido con las reglas de la casa, que, como sabéis, exigen que se pague por adelantado.

Y diciendo estas palabras, la presentaba su mano abierta, esperando el precio de la bebida que iba á servir.

Cecilia se quedó un instante sorprendida; con un movimiento brusco sacó del bolsillo la enorme llave que cerraba la choza de su hija, la puso sobre la mesa, y continuó registrando sus ropas con desesperación.

El boxeador, entretanto, reía.

—¡Oh, eh! (dijo.) ¿Qué es eso? ¿No tenéis un penny, ni uno siquiera, para hacer honor á una sed tan grande? ¡Bazón tienen en decir que la suerte, *by God*, no es justa! Vamos, me sentaré á vuestro lado, y charlaremos en seco, puesto que no tenéis con qué tomar siquiera un vasito de whisky de Irlanda. Por duros que sean los tiempos, Tom-Black tiene un verdadero placer en conversar gratis con sus clientes.

Cecilia Hervier había apoyado sus dos codos en la mesa; sus manos se habían hundido en su espesa cabellera. Se quedó con la mirada fija y atónita.

—Y bien (continuó Tom-Black): ¿está mejor la *Francesa*, milady? Á estas horas debe estar durmiendo, supongo.

Cecilia no pareció haber oído la pregunta.

—Parecís muy afligida esta noche (dijo el tabernero). Convengo en que sois digna de lástima. Me han contado vuestra historia. ¡Eh! ¡eh! El lodo de White-Chapel no es la ópera de París ó el Bosque de Boloña. Haber podido beber *claret* en la *Maison d'Or*, y no poder calentaros con una pobre gota de *brandy*, es duro para una madre de familia! ¡Comprendo que guardéis rencor á la chica! Ha hecho vuestra desgracia y la suya. Pero yo he reflexionado; y, á fe de Tom-Black, permitidme que os diga que nada se ha perdido aún, y que os desesperáis demasiado pronto.

La vieja continuaba muda.

—En vez de encolerizarse (prosiguió el antiguo cochero de lord Harrisson, después de una pausa); en vez de maltratarla, yo, en vuestro lugar, hubiese confiado mis intereses á un amigo discreto, inteligente, que tuviese talento, y que muy suavemente y con destreza la hubiese obligado á reconocer que es de día á las doce, es decir, que las libras esterlinas brillan al sol un poco más que las piezas de cobre, y que es menos cansado barrer las calles con un vestido de terciopelo, que con una escoba de abedul. ¡Eh! ¡*By God!* No hay más que el primer paso que cueste (añadió Tom-Black con su fuerte risa), y yo me hubiese arreglado de modo que nadie le hubiera sentido.

Tom se calló de nuevo, esperando una respuesta. Como Cecilia Hervier persistiera en su silencio, prosiguió en voz más baja, pero con más vivacidad:

—Yo, sí; yo, tal como me veis, sé muy bien cómo hay que convencer á las mujeres. Preguntád-

selo á mistress Black. Si hubiese podido encontrarme á solas con Genoveva.... Vamos, decidme.... ¿Quiere huir aún? Lo veo, lo adivino en vuestros ojos. Parece que estáis desesperada. Pues bien: prestadme un poco vuestra llave; voy á ir á hacer algunas reflexiones á la chica, y la encontraréis suave como una piel de anguila.

Á la vez que hablaba, Tom-Black, cuyos ojos brillaban bajo sus espesas cejas, había adelantado los dedos para coger aquella llave, objeto de sus deseos. Una mirada de Cecilia, llena de una llama extraña, le detuvo en su gesto.

Entonces se levantó fríamente, se dirigió hacia el mostrador, tomó de él un vaso y un frasco lleno de un licor amarillo, y los colocó sobre la mesa.

—Y aquí tenéis *brandy*, para que no os fastidiéis mientras vuelvo.

Al ruido que hizo el frasco sobre la madera, Cecilia se estremeció: un suspiro de alivio brutal había levantado su pecho. Pasó la lengua seca sobre sus labios ardientes. Tom-Black había cogido la llave sin que ella pensase en retenerla, sin que lo viese, perdida como estaba en la contemplación del *brandy*. Sus dedos, crispados como las garras de un ave de rapiña, habían hecho presa en el frasco, cuyo tapón arrancó con los dientes, y, llevándole á sus labios, bebió con avidez.

—En fin (murmuró, volviéndolo á poner sobre la mesa); en fin. ¡Acaso mis ojos puedan llorar luego!

No había notado que Tom-Black acababa de salir, y que la llave ya no estaba allí.

Sólo vió á su lado una mujer, que le dijo con dulzura:

—¿Y Genoveva? ¿Cómo está Genoveva? Era mistress Black.

—¿Genoveva? (contestó la madre.) ¿Genoveva?... Genoveva se muere.

Y, echando una carcajada, vertió en su vaso una gran cantidad de *brandy*.

—¡Pobre mujer!—dijo mistress Black, que había visto tantos dolores.

Tom-Black se había dirigido rápidamente hacia la choza de Genoveva. Su corazón latía con violencia; su boca dibujaba una cruel sonrisa. Sin embargo, la pasión insensata y brutal que en otro tiempo le había inspirado la protegida del viejo Bob, entraba por menos en su satisfacción que la certeza de conseguir al fin una venganza que por tanto tiempo había acariciado.

—Juro por mi vida (se decía), que esa mujer será mía.

Cuando llegó delante de la puerta, introdujo la enorme llave en la cerradura, y trató de abrir sin ruido; pero, á pesar de sus precauciones, los resortes enmohecidos dejaron oír un chirrido lúgubre.

Tom-Black vaciló un instante; se decidió por fin á empujar la puerta, é introdujo su cabeza por la abertura.

La lámpara ardía siempre en el mismo sitio, pero su mecha se había carbonizado; su pálido resplandor dejaba el interior de la habitación en una tenue obscuridad.

Se adelantó, andando sobre la punta de los pies y reteniendo su aliento; se detuvo delante de la cama, sobre la cual distinguió á Genoveva, tendida en la actitud del sueño.

Uno de los brazos de la joven pendía fuera de la cama. Tom cogió aquella mano; pero la soltó tan bruscamente, como si sus dedos hubiesen tocado un hierro candente. La mano le pareció helada. Aquel brazo le pareció rígido.

—¿Estará muerta?—se preguntó el tabernero.

Sus cabellos se pusieron de punta. Y como si hubiese estado convencido de que tenía un cadáver ante los ojos, fué presa de un espanto indecible; se echó hacia atrás, tropezó en el cofre, y derribó la lámpara. Las tinieblas en que se vió entonces envuelto aumentaron sus terrores; aquel hombre, que no temía nada de las realidades brutales, en que jugaba su vida contra un boxeador, huyó desparovido ante aquella visión de la muerte; echó á correr, como si se hubiese visto perseguido por un espectro. El aire fresco de la noche acabó, sin embargo, por disipar la turbación de sus ideas: se detuvo.

—¡Ah! (exclamó.) ¡Tres veces tunanta!... ¡Su hija está muerta, y lo sabía!

Sentía en el corazón una mordedura cruel. Él amaba á aquella Genoveva con un amor de bruto, pero sincero en su violencia. ¿No juraba él por su vida que aquella niña le pertenecería? Estaba como aturdido de aquel mortal desenlace.

En su casa, se repuso pronto; pensó en aquella reunión de la noche, en la conferencia de Fiddler Joss, en todos aquellos bandidos que la esperaban, y se dirigió rápidamente hacia *El Hacha y el Ancla*.

Cecilia Hervier ya no estaba allí. Los oyentes de Joss el violinista la habían echado á la calle, y se habían instalado en la sala grande, fumando y

bebiendo, al mismo tiempo que escuchaban á su predicador.

Y cuando entró Tom-Black, Placial Estradère prometía á los «*gentiles hombres de la noche*» las libras esterlinas de lord Harrisson. Entonces fué cuando el tabernero, furioso, ávido de vengarse en alguno y de romper alguna cosa, había interrumpido al domador y desencadenado sobre él las brutalidades malvadas de los oyentes de Fiddler Joss.

La intervención de los marinos del *Mistral* era la única que debía, como por milagro, cambiar el resultado de la batalla.

Decididamente, aquella noche Tom-Black el boxeador tenía al diablo en contra suya.

Placial Estradère no había andado diez pasos fuera de la taberna de Tom-Black, y en la dirección de *Blue Gate Field*, cuando sintió como el presentimiento de una desgracia nueva.

Por el lado del Campo de la Puerta Azul subía un resplandor rojizo hacia el cielo, y se oía en la noche este grito agudo, este llamamiento siniestro en todas las lenguas:

—¡Fire! ¡Fire!

—¡Fuego! ¡Fuego!

¿Fuego? Por aquella calle sucia y llena de lodo, pasó, rápida, semejante á una aparición, una bomba arrastrada al galope como por caballos fantásticos; los bomberos, de pie, llevaban una antorcha en la mano.

¿Fuego? Hasta en aquellos barrios sórdidos van los bomberos á arriesgar su vida para disputar tabucos al incendio.

—Apresuremos el paso (dijo Estradère), si puedes andar, Katchar.

—¿Qué es esto?—dijo el indio, echando sobre su herida la mirada fría y como fatalista del perro que contempla su pata rota.

En algunos minutos, Placial dejó atrás el ángulo formado por la calle en que estaba *El Hacha y el Ancla*, y, entrando en las *lanes* vecinas, llegó á la cabaña del viejo Bob.

Allí había una multitud que aullaba, grupos de gentes que miraban con una curiosidad estúpida arder las delgadas paredes de la choza.

Era la vivienda de Genoveva que ardía.

La lámpara que Tom-Black había derribado, había caído sobre la paja, y el fuego, que no se había podido notar durante bastante tiempo porque la paja estaba húmeda, acababa de declararse con violencia, y se comunicaba con rapidez á las tablas delgadas de la pobre construcción.

—¡Dios mío! ¡Y si Genoveva estuviese ahí!—pensó Placial.

Separó violentamente á los curiosos, en el momento en que la bomba, ya colocada, proyectaba su chorro poderoso sobre la cabaña, y se precipitó hacia la puerta, al mismo tiempo que una mujer gruesa, con los cabellos sueltos y aire extraviado, entraba como una bala, gritando:

¡Salvad á la niña! ¡Salvad á la niña!

Placial se había adelantado á ella. Penetró, como en un horno, en la cabaña inflamada y llena de humo, y en la que, como por milagro, no había sido aun invadida la cama sobre la que yacía tendida Genoveva.

Medio ahogado por el humo, con las pestañas y los cabellos chamuscados, Placial dió un salto hasta la cama, tomó á Genoveva entre sus brazos, y salió

afuera por la puerta, que ya empezaban á lamer las llamas. Aquellas mismas gentes que miraban arder la casa, sin pensar en la *Francesa*,—creyéndola muerta quizás, ó no atreviéndose á exponer su vida para arrancarla de las llamas,—aquellos curiosos prorrumpieron, al ver á Placial, en *hurra*s y *bravos*.

Tenía á la joven oprimida contra su pecho. La consideraba al mismo tiempo que la depositaba en tierra, y la encontraba adorable, al resplandor del incendio que coloreaba sus pálidas mejillas. Volvía á encontrar en aquella niña allí tendida y como dormida, aquella Cecilia que en otro tiempo le había partido el corazón.

Un sollozo de la gruesa *Grana* le hizo levantar la cabeza con terror.

—¿Creéis que haya muerto?—dijo.

—¡He tocado sus manos, y están frías! ¡Patrick! ¡Patrick! ¡Ven en seguida, Patrick! ¡Genoveva ha muerto!—gritó la alsaciana al irlandés, que acudía sin aliento, pálido, el corazón oprimido por la angustia.

Instintivamente Estradère miró á Patrick.

El joven dejó escapar un sollozo desgarrador, y se arrodilló delante de Genoveva, mientras que Katchar, contemplando á aquella joven inmóvil, se sentía presa de una emoción profunda y tierna, que jamás había experimentado más que por sus fieras, por su compañero *Tiberio*.

Parecía que, así como la luz atrae á las mariposas de noche, aquel incendio atraía á todos los huéspedes de las cercanías de *Blue Gate Field*, á los chinos del fumador de opio Johnson,—que en un rincón de *White-Chapel* tiene camas y pipas

para los que quieren gozar en un antro de los sueños y de la embriaguez del humo,—á los irlandeses, á los alemanes, á los malteses, á los genoveses que bullen en aquella sentina inglesa.

Montpezat, Bourrageas y sus marineros habían acudido también, dispuestos á socorrer todavía á Placial Estradère.

De repente, mientras el agua de la bomba iba dominando el incendio y lanzaba en medio de un chisporroteo y de una explosión de vapor, llena de pavesas, sus chorros sucesivos, una mujer huraña y azorada se abrió paso á través de la muchedumbre, y se adelantó á su vez hacia Placial, que estaba arrodillado delante de Genoveva.

—¡Ah, maldita!—dijo *Gramma*, que fué la primera en apercibirla.

Placial levantó otra vez la cabeza, y se estremeció. Era Cecilia.

La fisonomía atontada de aquella mujer le llenó de horror. Cecilia miraba sin ver; su boca se movía sin hablar, pero sus párpados estaban húmedos, y se veían rodar gruesas lágrimas sobre sus mejillas lívidas.

—¡Ah! ¿Eres tú? (exclamó Placial, levantándose de repente, espantoso, los ojos inyectados en sangre, cogiendo con fuerza la muñeca temblorosa de la madre.) ¿Eres tú?

Y con un movimiento brusco:

—Pues bien, mira (dijo). ¡Aquí está tu hija! Tu hija... ¿oyes? ¡Está muerta, y tú la has matado!

—¿Yo? ¿yo?...—balbuceaba Cecilia.

—¡La has matado, como has matado á Francisco Lecourbe, porque su sangre ha caído sobre su cabeza! ¡Mira aún! Mira, pues (dijo, obligando á Ceci-

lia á ponerse de rodillas, y aproximando la cabeza extraviada de la madre á la frente ensangrentada con manchas rojas de la hija). Te he marcado el rostro con esas violetas rojas que ves ahí: ¿te acuerdas? Y tú eres la que deberías llevarlas en la frente como una sentencia, miserable mujer. ¡Miserable! ¡miserable! ¡Tú eres!

La muchedumbre callaba. La cólera espantosa, desesperada y sin piedad de aquel hombre, se imponía como el rugir del trueno. Pocas personas comprendían; todos sentían que había allí un dolor sobrehumano.

—Así (pensaba Montpezat, que lo sabía todo), esta es la mujer que ha roto dos existencias; tres,—se dijo, mirando á Genoveva inanimada.

Bajo la mano de hierro de Placial, Cecilia se irguió de repente. Miró á su alrededor con un movimiento maquinal, el cuello tendido y con una horrible contracción en su boca marchita. Movía la cabeza de una manera extraña, de un modo terrible.

Luego, echando sus brazos al aire, con un gesto de loca, soltó una de esas carcajadas estridentes, atónitas, que no tienen fin, tan lúgubres y horrosas, y poniéndose á bailar con unos gestos llenos de espanto, de terror, penetró en el círculo de gentes que se abrió delante de ella con el espanto instintivo, mezclado de ironía, de disgusto y de respeto á la vez, que inspiran los locos. Y lanzando en la noche su risa, su risa espantosa, su risa de enferma, su risa de condenada, su risa de loca, desapareció, se introdujo en las tinieblas, dejando trás de sí un escalofrío que aumentaba cuando, sin verla, se la oía á lo lejos reír, reír, y reír siempre.